



### Viaje al cabo del dique

---

El viaje aparentaba ser más largo,  
pero ya es hora de dar la vuelta.  
Adelantarse más lejos,  
saborear la embriaguez de la pleamar,  
sucumbir a la llamada de las aguas lejanas.

Uno desanda lo andado,  
y debajo de sus pasos, inexorablemente,  
se despliega el edificio,  
y como sobre un tapiz deslizante  
y al abrigo del inalterable viento del norte,  
(aquel coco que azotaba las playas landeses),  
el caminante se impregna de dulzura,  
de aire yodado,  
bañado por los colores calurosos del sur,  
al tiempo que la costa ibérica  
y algunas cúspides lucen  
su repentina proximidad.

Un pescador otea con paciencia  
la punta de su caña,  
el oleaje se quiebra  
sobre inalterables bloques  
y el murmullo de la marea  
mece al apacible soñador

que se arrellana bajo el sol.

El océano impone su ritmo,  
casi se estaría de vacaciones...

Apenas percibida una cabeza encapuchada, disfrazada,  
ya se desvanece un par de aletas  
hacia las profundidades.

El cazador se hunde  
en una apnea interminable  
al acecho de algún pez imprudente,  
de alguna criatura subiendo de los abismos.

Aquí algunos adolescentes arman jaleo,  
allí un grupo incansable de fieles recorre el paseo,  
más allá la gente se atarea  
en torno a un pescador afortunado,  
los paseantes se cruzan, se reconocen,  
una tímida cabezada o un saludo jovial,  
un leve intercambio o una discusión animada,  
**el dique reúne**  
y por poco uno se sentiría como en casa.



Un blandista sigue navegando,  
su velamen se hincha,  
luego restalla debajo de una ráfaga,  
arrastrando el casco cada vez más hacia adelante,  
los cabos tintinean sobre el mástil,  
acelera y va deslizándose siempre más.



La marea, fiel compañera,  
pulmones de los océanos,  
persigue su labor, sin descansar, cada día,  
ventila las costas y rasca los fondos,  
digiere los desechos y escupe los excesos.  
Siempre atareada, de día como de noche,  
a lo largo del año, la marea ejecuta su programa:  
subir y luego bajar,  
llevárselo todo y después devolverlo.  
¡Condenada de por vida, la marea!  
Sísifo y su mito,  
¡ahogados, inundados, desposeídos por la marea!  
De una regularidad ejemplar,  
de una fiabilidad extremada,  
astronómica por así decirlo....  
Una energía colosal pero discreta,  
la fuerza tranquila que sabe mostrarse disuasiva  
bajo el yugo de los equinoccios.  
La marea es el reloj paradójico de los marineros,  
es constancia y variabilidad,  
es la amplitud, es el ritmo, la velocidad,  
es el ciclo cada día removido,  
es la flexibilidad que nunca falta.  
La marea injustamente desclasificada  
y la meteorología que desempeña el primer papel,  
con su humor movedizo e inestable,  
sus iras tempestuosas, sus depresiones  
que agitan los océanos como barreños de agua.

En primera línea de este frente,  
de cara al tumulto, debajo de los nubarrones,  
inmóvil, estoica,  
determinada como el contrafuerte heroico  
de una resistencia en resumidas cuentas inesperada  
desafiando las potentes marejadas atlánticas:

¡EL DIQUE! ¡ Pues sí i ¡El dique!



A pesar de los asaltos repetidos, obstinados,  
de las sombrías tempestades invernales,  
El dique vigila.  
Valiente, protector, dispuesto para el sacrificio.  
Mientras que el océano encrespado  
machaca la costa, frente al pequeño mar,  
uno contempla el espectáculo, como sumiso,  
desbordado por tal brutalidad.

La desembocadura es ya todo un caos,  
el dique dobla el espinazo bajo el estrépito  
y en los cielos ruge la tormenta.  
Fascinación, recelo e impotencia  
se mezclan y se confunden.  
Paciencia.....

Poco a poco el viento amaina,  
el cielo se despeja, el mar se apacigua  
y el dique vuelve a abrir sus puertas.  
Ya es posible adelantarse, con toda serenidad.  
Al acercarse uno a la curva,  
el paso se hace indeciso,  
algunas escasas olas rompen la tregua  
cuando una sorda deflagración  
se adelanta a un chaparrón salado:  
¿Pasará? ¿No pasará?  
Uno vacila mientras que los más temerarios ya se precipitan.  
¡Y qué más da! ¿Susto? ¡Ni pizca!

Entonces uno se lanza y, por poco, casi picaría el anzuelo;  
como un desafío que se hubiera lanzado a sí mismo.

¡A que no te atreves!

Una carrera loca bajo las salpicaduras de las olas,  
o ante un maremoto, una pesca milagrosa,  
un tesoro olvidado debajo de los bloques,  
y es un placer deslizarse en el mundo de lo imaginario.

A cada uno le corresponde hacer novillos,  
lejos de los pupitres y de los tinteros,  
se maravilla de todo y vuelve a descubrir aquellas naderías  
porque, en alguna parte, un paseo por el dique  
es a la par una vuelta a la infancia.

De repente, en la lontananza,  
como una llamada a la vez inquieta y entusiasta,  
una sirena de niebla  
sopla su laaaaaaaaaaarga queja monótona.  
Un barco mercante se acerca al tortuoso canal,  
el piloto acude para guiarlo.



El caminante sale de su torpeza,  
precipitadamente despertado  
por la extraña realidad portuaria:  
un gigante se ha ausentado.  
El inolvidable **Titán** quien, (1)  
desde lo alto de su imponente estructura,  
dominaba la entrada del puerto,  
el dique y sus playas.  
Los transeúntes se deslizaban

debajo de este coloso  
cuyas piernas formaban un arco  
en el umbral del paseo,  
el viento se precipitaba adentro  
y soplaba en el almacén que hacíamos resonar  
con nuestros gritos.

El dique como zócalo,  
el Titán su estatua,  
y ambos a dos el emblema  
de una ciudad obrera  
cuyas fraguas fueron el serrallo.

Una barca navega el Adour río arriba hasta el varadero  
y desde aquí casi divisaríamos cómo el óvalo  
franquea los postes afianzados a la cumbre de **Piquessary** (2)  
y grataríamos: "¡Aúpa los negros!"

Excursionista matutino, andarín de la tarde  
o azotacalles del sol poniente,  
solo, en familia o entre amigos,  
se toma el aire y se goza del panorama  
tan insólito como singular.

El **Artzamendi** (3), Larún y el **Jaizquíbel** (3)  
subliman el País Vasco  
cuya costa se hunde en un azul vertiginoso.

Poco después el dique se borra  
y entonces una ventana se abre sobre la alta mar.  
Un funámbulo de lo efímero baila  
con una ola llena de gracia,  
y, apoyado al murete,  
el paseante se pone a soñar.....

Volverá mañana.

Autor: Nicolas B.  
Texto traducido por Francine ROY, con permiso del autor.  
Fotos sacadas por Michel Roy

Enlace: [www.nicodique.fr](http://www.nicodique.fr)

---

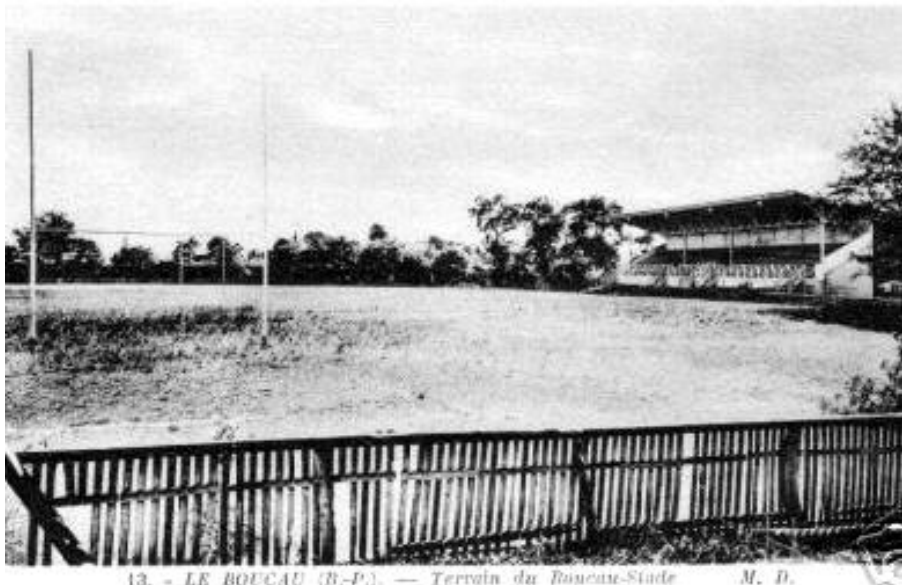
Algunas explicaciones:

(1) **El Titán:**

Era una grúa enorme asentada en la desembocadura del río Adour. Fue desmantelada en 1998. En el primer plano de la foto vemos lo que se llama "el pequeño mar".



(2) **Piquessary:**



Piquessary es el estadio de rugby de la aldea de Boucau (Pirineos atlánticos).

Un poco de historia:

El 16 de junio de 1756 empieza la guerra de los Siete Años. En el estado de los corsarios de Bayona, realizado el primero de Enero de 1757, Piquessary es el capitán

de una fragata llamada el " Machault", armada con 24 cañones de 12 libras, y manda a unos 400 hombres.

Del estatuto de corsario al de pirata, es la legalidad la que falta. Piquessary no vacilará en transgredirla. Desde lo alto de un cerro cercano a la costa, enciende fuegos destinados a engañar a los navegantes de paso. Éstos vienen a encallarse en el sitio preciso en que el pirata acude para saquearlos. Este relato se transforma en leyenda que se recobrará en el siglo XX.

El cerro conservó el nombre del marinero, y parte de su espacio será utilizada para el club de rugby local del estadio de Boucau.

Mito y realidad vuelven a cruzarse cuando se plantea el problema de equipar a los jugadores. Entonces nace una nueva leyenda: todos los equipos del club llevarán el mismo único color negro, resultante de la bandera del pirata: **el negro**.

Sin embargo, Piquessary es también (según el significado de la palabra en el idioma occitano) "una meseta barrida por los vientos del Sur que pasan por encima de la montaña y del Oeste que vienen desde el océano". Una meseta rodeada de laureles y de tilos.

### (3) **Artzamendi:**

El **Artzamendi** es un monte del País Vasco francés que mide 926 m de altura, en la región del Labourd; se sitúa al sur de Itxassou y al oeste de Bidarray.



### (4) **El Jaizquíbel:**

El Monte Jaizquíbel es el más occidental de los Pirineos.



Se sitúa en la provincia vasco-española de Guipúzcoa inmediatamente al sur de la frontera franco-española frente al golfo de Vizcaya. Mide tan sólo 543 metros de altura.



Estas informaciones fueron sacadas de Wikipedia y del sitio internet del autor del poema, [www.nicodique.fr](http://www.nicodique.fr).  
Las fotos son de Wikipedia.

---